

Yane Arencibia

*Jorge Mañach o los
primeros momentos
de una teoría de la
cultura
latinoamericanista*

En su ensayo *Para un perfil definitivo del hombre*, Roberto Fernández Retamar apuntó la necesidad de establecer un sistema de categorías que permitiera analizar la realidad del contexto social y cultural latinoamericano desde, para y por sus propias condicionantes —que por su historia habían desencadenado procesos análogos pero divergentes del resto del mundo y fundamentalmente de Europa— de manera que el conjunto de elementos que componen la realidad de la América Latina no asistiera a la rigidez que impusieron desde siempre los modelos teóricos de visión eurocentrista, y por ende, en este caso también, de intención reduccionista. Adolfo Colombres, por su parte, en su volumen *Teoría transcultural del arte*¹ establece el carácter “harto relativo” del concepto de arte creado y recreado por la estética occidental y señala que estos fundamentos no constituyen un *corpus* teórico homogéneo ni universal, sino universalizado a través de los mecanismos impuestos por los diferentes procesos de dominación cultural.

Se van a dar dos condiciones fundamentales para el establecimiento de estos presupuestos: la primera es la larga tradición de la teoría estética occidental —desde la Grecia clásica hasta hoy— y la segunda es el poder económico, que también históricamente, han tenido los países llamados “centrales” mediante las diferentes formas de dominación a lo largo de siglos; esto hizo que su concepción del arte y la estética se insertara en otros

¹ Adolfo Colombres: *Teoría transcultural de arte. Hacia un pensamiento visual independiente*, Ediciones del Sol, Argentina, 2004.

contextos que, por supuesto, tenían una expresión y una representación social distintas del fenómeno.

Este proceso partió de establecer las diferencias —por parte de los dominadores— autoerigiéndose como modelos a seguir, debido fundamentalmente a su desarrollo económico, la consecuente “sofisticación” de las condiciones de vida y a la “belleza” de las diferentes expresiones artísticas. En caso de no comprender esta magnificencia, los que no aceptaban estos patrones eran reprimidos o excluidos —ya fuera a niveles individuales o institucionales— y los espacios por ellos dominados comenzaron entonces a conformar el “traspaso” de los “paradigmas” o los opuestos al centro: la periferia, estableciéndose así pares categoriales en forma de oposiciones binarias: centro/periferia, barbarie/civilización.

Juliane Bámbula,² por su parte, analiza las características peculiares de este proceso de dominación cultural, que en las regiones latinoamericanas constituye prácticamente el mejor ejemplo y establece entonces que durante todo el proceso de la colonia la visión eurocentrista no partió solamente de los europeos, sino que, en muchos casos, la clase dominante y el primer círculo concéntrico a su alrededor sitúa a España como el punto de referencia del eurocentrismo hispanoamericano que luego se reorientó hacia Francia e Inglaterra y, más tarde, hacia los Estados Unidos. Esto explica la “pasividad” que tuvo el análisis de los procesos socio-culturales de Latinoamérica desde la visión de los propios latinoamericanos; en alguna medida la ausencia de un soporte teórico y metodológico capaz de hacer frente a la tradición europea propició la infeliz concepción que se tiene —casi hasta hoy— de la historia cultural de América desde el río Bravo hasta la Patagonia. Sin embargo, los matices históricos son entonces difíciles de apreciar, ya que los mecanismos políticos y jurídicos en los siglos anteriores al xx no reconocerían como válidas reivindicaciones de tipo cultural, sino más bien y antes que todo, de tipo político debido a la necesidad emancipatoria de nuestras tierras de América del vasallaje colonial.

² Prestigiosa esteta alemana que aborda en la mayoría de su obra la problemática de los procesos socio-culturales en largos períodos de tiempo. Particularmente se propone al lector consultar su título *Lo estético en la dinámica de las culturas*, Editorial de la Facultad de Humanidades, Santiago de Cali, 1993.

En nuestro país, la intención de valorar y descomponer lo que nos tipifica desde el punto de vista psicosocial y cultural tiene su momento prístino en *El vicio y la vagancia en Cuba* de José Antonio Saco y, más tarde, con el ilustre pensador Enrique José Varona; sin embargo, es con el establecimiento de la República neocolonial que se despliega en la isla un grupo de intelectuales que van a valorar desde el aporte de diferentes disciplinas y posturas teóricas el hecho nacional en todas sus vertientes, estamos hablando de la etnología, las ciencias naturales, la política, la educación, las artes y la cultura en general. Ciertamente, se necesita de un *status* político y jurídico que propicie la aparición de una conciencia de autodefinición de la identidad con respecto a otro grupo social; o sea, que primero se necesita del reconocimiento en el sentido político y jurídico del hecho nacional para pasar a considerar entonces de manera consciente otros aspectos referidos al campo de la cultura. De ahí que estos análisis teóricos, en el caso de nuestro país, se inicien con la República neocolonial.

En este período (1899-1958) la literatura cubana tuvo un des-punte no sólo en cuanto al número de cultivadores, sino también atendiendo a la variedad de temas que fueron abordados. La literatura cubana de la República se puede dividir en dos grandes etapas,³ una primera que comprende el período entre 1899 y 1923, donde luego del simulacro impera el primer momento de la frustración republicana que tiene su cima en la Protesta de los Trece y en el Grupo Minorista, en el aspecto literario, particularmente, aparecen el modernismo, el post-modernismo y el naturalismo como corrientes que van a anteceder la llegada de las vanguardias artísticas y literarias. En el ensayismo de esta primera etapa se destacan Enrique José Varona, Justo de Lara, Max Henríquez Ureña y un primer momento de la obra de Fernando Ortiz. El segundo momento se ubica entre 1923 y 1958, cuando se une a la situación prerrevolucionaria preparatoria del proceso de liberación la incorporación de los medios de expresión del siglo xx y el apogeo formal y estético de las vanguardias artísticas. Dentro de las artes visuales se aprecia la rápida sucesión de estilos arquitectónicos y la asunción —desde una estética nacionalista— de los

³ Consúltase *Historia de la Literatura cubana*, tomo II, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2003.

códigos vanguardistas para las artes plásticas. Se desarrollan a la par de numerosas instituciones culturales – en algunos casos de vida muy efímera – la música, el ballet, la radio, el cine y la televisión, todos como una expresión de madurez en el sentido de la cubanidad.

Es el ensayo en esta etapa un género literario que va a marcar desde la búsqueda de la cientificidad el análisis sobrio, medido y consciente de las características más definitorias del hecho nacional. En la bibliografía anteriormente citada para esta segunda etapa, que va desde 1923 hasta 1958, se resumen dos tendencias fundamentales (atendiendo esencialmente a la variedad temática y a la posición filosófica): la primera de orientación marxista y la segunda de orientación no marxista. En la primera se destacan Juan Marinello, Raúl Roa, Carlos Rafael Rodríguez, José A. Portuondo y otros; y en la segunda línea son representativos Jorge Mañach, Fernando Ortiz, Ramiro Guerra, Lydia Cabrera, Cintio Vitier, etc.

La dicotomía marxistas-no marxistas no logra atrapar en su total dimensión la variedad estilística y de recursos que emplean los ensayistas de este período. Por este motivo, para un análisis más preciso debe intentarse un acercamiento a partir de líneas temáticas comunes a todos: la definición de qué es la cultura, las influencias internas y externas que han condicionado el desarrollo gradual de la misma, la definición del estilo y las causas que provocan los cambios, el lugar de los miembros y las instituciones de la sociedad en cada uno de los momentos de cambio, sin olvidarse nunca de la historia para aportar una visión global y orgánica de todo el proceso.

Sin embargo, en un análisis preliminar resulta evidente que a pesar de esta división primaria, estos investigadores y ensayistas no se adscriben a ninguna de las corrientes anteriormente citadas de manera lineal ni literal, sino que toman de ellas categorías científicas, principios, leyes, métodos y técnicas de investigación, etc. Visto así, que mucho más interesante podría resultar establecer cuáles son las líneas teórico-metodológicas sobre las que establecen sus modelos de análisis del campo artístico, fundamentalmente desde las tres posiciones que definen directrices generales tomando en cuenta las temáticas de investigación y las líneas estilísticas en cuanto a las características de su prosa específicamente. Es por esto que proponemos el análisis

— desde bases teóricas — de la obra de cuatro ensayistas que resumen de manera magistral el género en este período y, al mismo tiempo, abren el camino — de conjunto con José Carlos Mariátegui, Enrique Rodó y José Ingenieros — para definir una Teoría de la Cultura no ya latinoamericana, sino latinoamericana; ellos son: Juan Marinello y Raúl Roa, como iniciadores del ensayismo cubano de orientación marxista; Jorge Mañach, que fue considerado en su tiempo como uno de los más importantes ensayistas del continente y que se mantiene a lo largo de toda su vida en una posición claramente heredada del Positivismo francés; y finalmente a Fernando Ortiz, que va a abrir el campo de la antropología en Cuba ampliando sus fronteras hasta una dimensión en la que la cultura juega un papel fundamental.

Entonces, se va a desarrollar en este camino una línea metodológica de análisis que va a tomar fundamentalmente de la Psicología Social para el examen de las diferentes “dimensiones” o estratos relacionados con el tema de la identidad. Dentro de este campo ha sido la identidad cultural un tema recurrente por los constantes intentos de definir de qué manera ésta se construye y de qué manera reacciona sobre los individuos.

Jorge Mañach (1898-1961) “era un heredero de la tradición ecléctica — en un sentido creador — del pensamiento cubano del XIX que se debatía entre los polos de la creación y el mimetismo dentro de los límites de una sociedad colonial [...]”⁴ No podemos decir que es su obra un islote peculiar en el panorama literario de la época; su producción abarca prácticamente todos los géneros, pero donde indudablemente trascendió fue en la ensayística, que Jorge Luis Arcos define como “cultural”, atendiendo esencialmente los temas que lo preocuparon y de los cuales se ocupó a lo largo de toda su vida. Lamentablemente, durante algún tiempo la obra de Mañach no fue reeditada en nuestro país; sólo recientemente han sido publicadas algunas compilaciones de sus ensayos y algunos artículos referidos a su obra, una obra vasta que abarca el periodismo, la crítica de arte, el ensayo y la literatura de ficción, fundamentalmente.

⁴ Jorge Luis Arcos: «Pensamiento y estilo en Jorge Mañach» en *Temas* (16-17): 208, La Habana, 1999.

El aporte más significativo de Mañach sobre el tema de la identidad no es solamente determinar que ésta se construye a través de un proceso, sino darse cuenta de que este proceso no es necesariamente secuencial; es decir, que se van dando niveles, dimensiones o estratos simultáneos según se va desarrollando la práctica social. Analiza de qué manera el proceso de conformación de la identidad se basa, necesariamente, en un proceso consciente de pertenencia a un grupo, y este sentido de pertenencia en nuestro país va a estar significativamente determinado en su evolución durante la colonia, por la oposición al régimen español.

No se adscribe a concepciones únicamente objetivistas ni subjetivistas de la identidad; para él, la lengua, la religión, el territorio son atributos que es imposible desconocer; pero también destaca que para la construcción de una identidad son indispensables las tradiciones, los intereses, el sentimiento de pertenencia, que constituyen fenómenos mucho más dinámicos en su evolución; esta concepción de la identidad demuestra, sobre todo, una investigación acuciosa que aunque incurre en algunos errores metodológicos, no siempre es óbice para una teorización acerca del modo en que se produce la construcción social de la identidad.

Esto hace de su *Indagación del choteo* y su *Esquema histórico del pensamiento cubano* ensayos vitales para el análisis de la identidad cubana, incluso hasta nuestros días. Si en *La Nación y la formación histórica* define el esquema de cómo se opera el proceso gradual de la construcción de la identidad cubana al nivel del consciente colectivo; en su *Indagación...* y el *Esquema histórico...* es primordial que al choteo y al pensamiento cubano — uno en la esfera de la conciencia cotidiana y el otro en la ideológica — los considera atributos “medibles” o a tener en cuenta en un análisis pormenorizado de la construcción de la identidad cubana.

En *La nación y la formación histórica* — texto que en 1944 fuera su discurso de ingreso a la Academia de la Historia de Cuba — comienza definiendo sus objetivos y, entre ellos, se plantea explicar las condiciones más generales a las que está supeditada toda formación histórica y compararlas luego con la experiencia cubana.

“... El hecho de haber sido escrito este ensayo quince años después del anterior, demuestra cómo los temas que preocupa-

ron a Mañach desde los inicios de su labor intelectual continuaron siendo para él motivo de preocupación a lo largo de su vida, lo cual da a su obra ensayística una marcada unidad de pensamiento y propósito”.⁵

Refiere que esta es la parte introductoria y teórica de lo que debe ser todo un volumen referido al “tema general de la forma [...] y sus variantes en la conciencia y en la historia”; explica entonces que la necesidad de una introducción más teórica del tema lo lleva forzosamente al campo de la sociología más que al de la historia.

Para esto necesita primeramente definir algunos conceptos como *proceso histórico*, al que define como la formación progresiva de un pueblo. Aquí apunta que son fundamentalmente dos los caracteres del hecho nacional: la solidaridad y la integridad “...por solidaridad de la materia humana de un pueblo entendido aquella condición social en que han llegado a eliminarse virtualmente todas las distancias artificiales entre los individuos y grupos que la componen”.⁶ Esto conlleva entonces a un estado de *integridad social*.

Para llegar a este estado de *integridad social* es necesario suprimir o disminuir las distancias que existen entre esos grupos. Distingue cuatro motivos de dispersión de la materia humana:

1. Distancias naturales e insuprimibles que para él están establecidas por las diferencias individuales.
2. Especie de segunda naturaleza que se constituye en las diferencias de lengua, raza o religión.
3. Distancias que resultan de las peculiaridades del sistema económico social establecido.
4. Distancias de casta, procedencia o grupo social.

Una vez más, Mañach señala que el hecho social de la nacionalidad, es decir, el proceso histórico de su formación, depende fundamentalmente de la conciencia individual que tienen los miembros de una colectividad. Sólo para advertir más adelante la existencia de una especie de conciencia colectiva que partici-

⁵ Andrés Valdespino: “Jorge Mañach y su contribución a la cultura hispanoamericana”, en revista *La Torre*. Año XVIII, (68): 107, abril-junio. Puerto Rico, 1970.

⁶ Jorge Mañach y Robato: *Ensayos* (selección y prólogo de Jorge Luis Arcos), p. 97, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999.

pa activamente en el proceso de formación histórica de una nación. Mañach desestima la influencia de los factores económicos y deja de lado entonces importantes consideraciones que podrían explicar otros aspectos referidos al tema de la identidad. Por ejemplo, la solución que da el marxismo —partiendo de la división socio-clasista— al tema de la conciencia colectiva; que va a estar constituida por la conciencia cotidiana o habitual, la conciencia colectiva y la ideología. Esta última constituye la elaboración teórica de la conciencia cotidiana y, por supuesto, es privilegio de la clase dominante.

Define que existen tres estadios por los que atraviesa un pueblo hasta ser nación: *agregado amorfo*, *pueblo* y finalmente *nación*. Para atravesar estos niveles se necesita de determinadas condiciones y medios. Y cuando valora estos elementos menciona *la unidad de territorio, de lengua y de religión, de intereses*, etc. Décadas más tarde, entre los antropólogos se hizo popular una división entre estas condiciones y medios necesarios para la construcción social de una identidad.⁷ Se definen como concepciones objetivas las que ven como criterios determinantes de la identidad precisamente la lengua, la religión y el origen común. Por otro lado, los defensores de la concepción subjetivista no consideran estos “atributos” como determinantes; para esto señalan que el proceso identitario es mucho más dinámico de lo que parece a primera vista si tomamos en cuenta el “estatismo” de los anteriores requisitos lingüísticos, religiosos y geopolíticos.

Cuando Mañach apunta que el ser Nación depende de un estado de *conciencia colectiva* admite que ésta es más que la suma de las conciencias individuales; sobre todo las trasciende y se impone a ellas por medio de la educación y de la vida social común. Por lo tanto, la identidad es una concepción que se construye en relación con los límites o fronteras entre grupos que entran en contacto. La historia ha demostrado que estos límites identitarios han acabado siendo límites de identidades culturales y, al mismo tiempo, han establecido fronteras para las identidades nacionales.

Entonces señala que “... La cultura juega, pues, en el proceso de integración de un pueblo un papel poco menos que decisi-

⁷ Sobre este tema puede revisarse el volumen *Antropología estructural* de Claude Lévi-Strauss y bajo el título *Antropología cultural* el volumen de Marvin Harris.

vo". Está valorando, por supuesto, cuando se refiere a cultura el nivel cultural que ha alcanzado ese grupo humano en cada uno de los estadios anteriormente señalados. Explica que los dos primeros niveles —el *agregado amorfo* y el *pueblo*— pueden ser alcanzados con relativa facilidad, pero que "... sólo alcanzan a ser unidades históricas superiores cuando los asiste un impulso más o menos racional y deliberado, pero en todo caso, consciente. "Un pueblo no deviene nación por sí solo: hay que actuar sobre él para ganarle ese rango histórico".⁸

Una de sus tesis más interesantes es la que propone a la identidad como un conjunto de experiencias que se extienden a lo largo del tiempo y que están ligadas por un significado común a los miembros del grupo. Sin embargo, no alcanza a valorar la ideología como la elaboración teórica en poder de la clase dominante que de manera dialéctica reacciona sobre los miembros de la sociedad —como mencionamos anteriormente— mediante la educación y la oralidad. Tomemos como ejemplo que en la Edad Media los grupos humanos eran identificados en función de un criterio religioso; se era cristiano, pagano, hereje, infiel, etc. Ya en estos momentos los criterios de identificación son muy diversos y corresponden fundamentalmente a posturas, construcciones ideológicas y partidos políticos.

Señala que existen indicios inequívocos que pueden ayudar al historiador y para esto aborda de manera significativa cómo el análisis del léxico, en determinados períodos de la historia, ha contribuido al conocimiento de la imagen histórica que tienen los miembros de una sociedad en un momento determinado. A este elemento a tener en cuenta lo define como una autocaracterización histórica por vía de la palabra.

... La contribución más importante de Mañach en este ensayo —y una de las más originales de toda su labor ensayística— es la significación que atribuye a las palabras como señales reveladoras de la imagen que de sí tiene cada época [...] una singular asociación del acontecer histórico con la forma de expresión de un grupo humano.⁹

⁸ Jorge Mañach y Robato: *Ensayos* (selección y prólogo de Jorge Luis Arcos), p. 102, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999.

⁹ Andrés Valdespino: "Jorge Mañach y su contribución a la cultura hispanoamericana", en revista *La Torre*. Año XVIII, (68): 107, abril-junio, Puerto Rico, 1970.

Para ilustrar esto con el caso cubano, hace un análisis de los vocablos con que sucesivamente se ha denotado al país: Cuba, por los pobladores autóctonos; Juana, por los colonizadores, y luego se suceden otras designaciones como “el País”, “la Isla”, “la Patria”, “la República” que acusan una evolución gradual del pensamiento y la conciencia nacionales.

... La designación del ámbito histórico responde a los caracteres que se le atribuyen. [...] Es particularmente significativo que traduzcan una imagen cada vez más amplia. De la más ceñida al puramente físico se pasa, por grados, a representaciones de mayor contenido objetivo hasta rebasar completamente el confín material con abstracciones de creciente radio intencional.¹⁰

De cualquier manera, Mañach considera que esta propuesta no es finalmente un método riguroso de análisis de las formaciones históricas en su evolución, pero sí sirve para ilustrar otros aspectos también significativos. Para darse cuenta de que el caso cubano se había quedado detenido —al mismo tiempo por condiciones objetivas y subjetivas— en el último peldaño hacia su intención de ser nación.

Un aspecto significativo con el que culmina este ensayo es el reconocer que el sistema económico ha impuesto un desarrollo gradual que tiende a la eliminación de las fronteras nacionales y que, necesariamente, se impone una *jerarquía de valores colectivos: lo nacional, lo internacional, lo humano*. Sin embargo, apunta que el hecho de haber alcanzado, a través del devenir histórico, la condición de nación, esa *conciencia colectiva*, esa “colección” de imágenes históricas garantiza la resistencia a las consignas que predicaban la negación de las nacionalidades.

La preeminencia, al fin, de este estado de conciencia, de ese ser nación.

Su *Indagación del choteo* fue dada a conocer a modo de conferencia, por primera vez en 1928, y publicada en una tercera edición por la Editorial Libro Cubano veintisiete años después; constituye, de conjunto con *El contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* de Fernando Ortiz y *Lo cubano en la poesía* de Cintio Vitier el trío de ensayos más interesante de la literatura cubana en esta etapa republicana.

¹⁰ Jorge Mañach y Robato: *Ensayos* (selección y prólogo de Jorge Luis Arcos), pp. 123-124, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999.

En un libro editado recientemente (2003) sobre la obra de Jorge Mañach, Duanel Díaz aporta una visión de la obra de este escritor desde la perspectiva del panorama intelectual cubano de su momento. El mismo ve la obra de Mañach como síntesis y expresión sintomática del estado y las preocupaciones de la intelectualidad cubana de la República. En *Mañach o la República* se señala, por parte del autor, la pertinencia con que se había tocado el tema del choteo entre los intelectuales cubanos de la época: Fernando Ortiz, Guiral Moreno, Juan Marinello, etc.; sólo para indicar que "... Es imposible, entonces, sostener que el texto de Mañach aporta una consideración básicamente nueva del fenómeno".¹¹

Sin embargo, ¿por qué sobresale entonces la obra de Mañach como una de las caracterizaciones más importantes de este atributo psicosocial? En este ensayo Mañach se dedica a analizar "la naturaleza, las causas y consecuencias" del fenómeno del *choteo*. Y aplica "un método empírico y un método lógico" que debe, según su autor, alejarlo de las abstracciones macrosociológicas del momento y de un acercamiento excesivo que empañaría entonces el ascetismo metodológico imprescindible.

La primera definición que se da parte del *cubano medio*, lo que da una medida del lugar que ocupa el choteo dentro de la esfera psicosocial, o sea, así hace más evidente su ubicación en la conciencia habitual o cotidiana. Que el *choteo* sea una actitud erigida en hábito es para Mañach su característica más importante. Considera que la burla es consustancial al género humano, y que el *choteo* —que apareció después y es un rasgo únicamente cubano— es una forma muy baja dentro de la burla. Apunta que este aspecto se debe al medio en que se desenvolvía Cuba en ese momento, pero, el medio puede ser también mucho más específico, "... el choteo [...] está estrictamente condicionado en el tiempo y en el espacio". Es decir, que nace del medio e inmediatamente se diluye la jocosidad, que depende de la circunstancia, del momento.

Encuentra una de las causas del choteo en la *tendencia niveladora* y el *deseo de familiaridad* que caracteriza al cubano. Otra de las causas de su aparición en ese período es el hecho político (impuesto) de la Neocolonia. "... El choteo es un prurito de in-

¹¹Duanel Díaz: *Mañach o la República*, Letras Cubanas, La Habana, 2003.

dependencia que se exterioriza en una burla de toda forma no imperativa de autoridad".¹² El clima y las circunstancias sociales son los elementos que van a determinar el medio en que aparece el choteo, y que según Mañach, tienden a facilitarlos.

...Lo que sí puede y debe afirmarse es que hay en la idiosincrasia cubana rasgos peculiares que, originados unas veces y acusados por el clima o por las circunstancias sociales en que hemos venido desenvolviéndonos, tienden a facilitar esa perversión de la burla que llamamos choteo.¹³

Aquí demuestra una vez más un determinismo positivista de ascendencia tainiana. El tema del clima como factor condicionante y/o desencadenante de ciertas características en los grupos humanos fue muy "popular" entre los primeros sociólogos que procuraban mantener el ascetismo metodológico que había indicado el Positivismo y que había demostrado su efectividad metodológica en la aplicación que tuvo para las Ciencias Naturales. Una obvia intención se encuentra en el título *Filosofía del Arte* de Hypolitte Taine (1828-1895), que constituye una recopilación de los cursos dictados en la Escuela de Bellas Artes entre 1865 y 1869.

También la *ligereza* y la *independencia* constituyen para Mañach otros dos rasgos que definen la personalidad del cubano y constituyen catalizadores de la aparición del fenómeno. La primera es una forma más bien descuidada de asumir las responsabilidades y señala que expresión de ello es la afición del cubano a los juegos de azar. Por otro lado, la independencia constituye una repulsa a cualquier límite impuesto; ahí encuentra entonces el origen de la *familiaridad criolla*.

La identidad nacional también se construye en una especie de dialéctica entre lo interno y lo externo a través de un proceso. Si anteriormente en su ensayo *la Nación y la formación histórica* había señalado que *la nación es una conciencia colectiva*, aquí indica entonces —ya lo hemos visto— que ésta trasciende a las conciencias individuales y se impone a ellas mediante la educación, la historia y la vida social en común. Es entonces cuando explica que debido a esta suerte de construcción dialéctica la

¹² Jorge Mañach y Robato: *Ensayos* (selección y prólogo de Jorge Luis Arcos), p. 62, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999.

¹³ *Ibidem*, p. 66..

conciencia colectiva y la identidad nacional no constituyen elementos estáticos, contrario a la visión más extendida hasta ese momento entre los sociólogos, antropólogos y psicólogos de las ya “añejas” academias del XIX.

... Si la idiosincrasia nacional modela a su manera la historia, también creo que la historia misma deja su impronta en el carácter. A esto tal vez se deba un hecho que a mi juicio es evidente: que el carácter nacional no sea cosa tan fija como se supone. Los acontecimientos políticos de trascendencia vital, los flujos y reflujos de la prosperidad económica, las variaciones en las costumbres [...] hacen que surjan y se destaquen del fondo complejo de la idiosincrasia las formas de comportamiento más adecuadas a las diversas situaciones exteriores...¹⁴

Apunta entonces Mañach que este atributo de la identidad nacional cubana está regido por el medio; que no depende de manera inclusiva del carácter del cubano, sino de las condiciones específicas en que se está desarrollando la isla ... *Más que una tendencia inmanente de nuestro carácter, éste (el choteo) es el resultado de una determinada experiencia colectiva. Nace del medio, antes que de la idiosincrasia.* Este es uno de los aspectos más interesantes de su *Indagación...*; el hecho de determinar –y demostrar– que el choteo no constituía un rasgo inmanente de la idiosincrasia cubana, más bien era una característica temporal, un atributo, como señala ya en la tercera edición, en la “Transitoriedad del choteo”, donde advierte que el devenir histórico natural de nuestro pueblo, el cambio de determinadas condiciones, hacen que se vaya modificando el clima social y asimismo, se vayan superando entonces todas las condiciones que mantenían en nuestro país ese estado de choteo generalizado y convertido en hábito. Por este motivo ubica al choteo en la etapa de nuestra historia que califica como de *improvisación*¹⁵ y que, igualmente, se iba superando poco a poco.

Años más tarde aparece el *Esquema histórico del pensamiento cubano* que fue una contribución de Mañach al “Número Centenario” del *Diario de la Marina*. En este ensayo se señala al pensamiento como otro atributo a valorar cuando se analiza la evolución de la identidad cubana. Considera que para que el

¹⁴ Jorge Mañach y Robato: *Ensayos* (selección y prólogo de Jorge Luis Arcos), p. 173, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999.

¹⁵ Ver *El Estilo en Cuba y su sentido histórico*.

pensamiento asuma un rango histórico se necesita de ciertas condiciones de cultura individual y colectiva.

...La evolución del pensamiento de un país es el desarrollo de ese sentido de la eficacia rectora de las ideas y su incremento gradual de previsión. Puede concebirse como una serie de ondas concéntricas, cuyo radio creciente es la intención del pensamiento mismo, condicionada por la necesidad y por la curiosidad: por las realidades sociales y económicas y por los influjos varios de la cultura.¹⁶

Aquí se apunta una intención de definir que el pensamiento —al menos lo que constituye su objeto de análisis como categoría científica y filosófica— no se da en todos los niveles de la sociedad, este grado de abstracción sólo se encuentra en la ideología, que, como apuntamos, constituye una elaboración teórica de la conciencia colectiva. Sin embargo, una vez más no logra advertir que el lugar que ocupan los individuos con respecto a los medios de producción determina su lugar en el “esquema” de las clases y los grupos sociales en una sociedad determinada.

Señala que durante los tres primeros siglos de la colonia, no se dan en nuestro país esas condiciones necesarias para la aparición de un *pensamiento* que tenga ese *sentido de la eficacia rectora de las ideas*, debido, fundamentalmente, a los límites impuestos por la propia realidad. El dogma escolástico en la educación, la economía y las restricciones de la Corona no propiciaron su aparición. Para Mañach, los orígenes del pensamiento cubano pueden rastrearse a fines del siglo XVIII debido a la aparición del individualismo —importado con los aires de la ilustración— y la preocupación por las ciencias. Sin embargo, considera que estos orígenes estuvieron determinados por el proceso de ocupación de La Habana por los ingleses en 1762. De ahí que el sentido inicial de ese pensamiento sea para Mañach puramente económico. Ahora esta inconformidad *deviene pensamiento histórico*.

El representante más importante de esta primera etapa fue Francisco de Arango y Parreño, quien con sus acciones en función del Reformismo ya acusaba una visión peculiar de los intereses de la Isla. Aunque señala Mañach que su radio de acción es

¹⁶ Jorge Mañach y Robato: “Esquema histórico del pensamiento cubano”, en Ensayos (Selección y prólogo de Jorge Luis Arcos), p. 131, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999.

estrictamente económico y no social. Entonces aparece en el panorama de este “esquema histórico” el presbítero José Agustín Caballero que representa el inicio del tránsito desde la limitación impuesta por el dogma escolástico hasta la universidad; y lo que constituye para Mañach lo más importante de las minorías históricas de nuestro país: la Sociedad Económica de Amigos del País. Más tarde, con el obispo Espada y Landa y el padre Félix Varela se abre totalmente la enseñanza y comienzan a cambiar las condiciones propicias para la aparición de un auténtico *pensamiento cubano*.

Por este motivo, entiende que el pensamiento cubano evoluciona en una cuerda política y social. La primera, orientada contra el absolutismo; la segunda, debido al incremento del tráfico de negros que *adultera el conglomerado étnico y acumula sobre la Isla un lastre social que embaraza su evolución política*. Sin embargo no se debe interpretar de lo anterior una intención racista; esta opinión se funda en el recuerdo del temor que desató la Revolución haitiana, que también limitó la entrada de las ideas democráticas que podían importarse desde Francia.

Una vez más, las condiciones del medio y determinados hechos históricos van a condicionar la evolución del *pensamiento cubano*. La independencia de las naciones americanas y el Despotismo Ilustrado, que pretendía no perder esta última colonia, van a catalizar esta evolución. Señala Mañach que si ya Félix Varela nos había enseñado a pensar, ahora José Antonio Saco *llega, por la vía teórica rigurosa, a comprender que la esclavitud es la fuente de todos los males*.

Aunque no lo menciona de manera explícita, destaca que en este momento el pensamiento se ha adelantado. Los exponentes que menciona, son siempre los que pertenecen a esa porción de la sociedad cubana que puede concebir, de manera teórica, un análisis de las condiciones de Cuba. Al valorar este aspecto se hace evidente el riguroso análisis al que somete su objeto de estudio: el *pensamiento cubano*, como un atributo que se origina con determinadas condiciones desde el siglo XVIII y que tiene un desarrollo gradual y ascendente. Sin embargo —y esta será acaso la única ocasión en que haga una afirmación como esta— *...Como lo económico determina a menudo directamente la suerte de lo cultural y polí-*

*tico, el recelo de los esclavistas ocasiona el fracaso de la proyectada Academia Cubana de Literatura.*¹⁷

José de la Luz y Caballero es para Mañach el representante del nuevo peldaño en la evolución del pensamiento cubano. Se dan, entonces, todas las corrientes sucesivas que desde inicios del siglo XIX evolucionan hacia el independentismo, y que tienen como denominador común un sentido utilitarista. *Tratan de modificar los hechos, de variar las circunstancias y condiciones de la vida colonial para descubrir la ley de formación de la nacionalidad.*

Para Mañach, el proceso libertario iniciado en 1968 constituyó —al mismo tiempo— una evolución del pensamiento político y un estancamiento en otros órdenes, como la literatura y el arte; aunque se adelanta en alguna medida la preocupación por el conocimiento científico. Acá se reafirma su tesis de que la mencionada evolución del *pensamiento cubano*, como uno de los elementos de la identidad nacional, no es necesariamente secuencial; está construida sobre una historia llena de tropiezos, o sea, que está condicionada por la práctica social y el devenir histórico de la isla. Este espíritu hace, según Mañach, que se comprenda el hecho de que la independencia de Cuba constituye una necesidad histórica. Aparece entonces la figura de José Martí, que sintetiza el ideal separatista y el realismo positivista.

Con el advenimiento del siglo XX se estrena la República y con ella, señala Mañach, los Estados Unidos hacen realidad su ambición por Cuba. Este hecho vino a iniciar la evolución natural que debía tener el pensamiento cubano. Con la idea de que los cubanos estaban *Ilusionados con la soberanía teórica*, señala Mañach que se había logrado una identidad política, pero todavía no estaban a la altura de lograr una conciencia nacional que se tradujera en un “estado de ser nación”. Ya lo hemos apuntado anteriormente, se necesita de un estatus político y jurídico que permita que se den las condiciones para teorizar sobre temas como los que se inician con la República Neocolonial: la etnología, con Fernando Ortiz y la cultura, con Jorge Mañach. Por esto, la *ilusión* de ser República y las condiciones socio-

¹⁷ Jorge Mañach y Robato: “Esquema histórico del pensamiento cubano”, en *Ensayos* (Selección y prólogo de Jorge Luis Arcos), p. 137, Editorial Letras Cubanas. La Habana, 1999.

históricas que se dan,¹⁸ garantizan este despegue del pensamiento.

Sin embargo, para Mañach, el *pensamiento cubano* — de aquellos momentos — no había logrado aún rescatar para sí — durante el empeño republicano — la autoafirmación de una conciencia colectiva elaborada desde tesis teóricas.

A lo largo de este análisis de la Psicología Social en la obra de Jorge Mañach, vemos de qué manera su preocupación estuvo centrada en los orígenes y evolución de la *conciencia colectiva* cubana. Ya en ensayos de otra índole valora esta evolución mediante el análisis del léxico en determinados períodos de la historia de nuestro país y lo denomina *autocaracterización histórica por vía de la palabra*. Asimismo, aunque considera que este no es un método riguroso de análisis plantea que es una forma de conocer lo que llama *imagen histórica*; y es ésta otra de las categorías que emplea a lo largo de todo su estudio.

El empleo de categorías devenidas directamente del campo de la psicología demuestra la preocupación por lograr una valoración rigurosa de los fenómenos y procesos que analiza en el camino de la interdisciplinariedad. Más tarde, algunas de estas categorías que había empleado Mañach pasaron a formar parte del sistema categorial de otras ciencias y disciplinas como la psicoantropología cultural. Indica también que esta construcción social de la identidad no siempre se da de manera secuencial, sino que se van dando estadios simultáneos según se va desarrollando la práctica social, y en esta última influyen aspectos internos y externos.

Sin embargo, su aporte más significativo desde el punto de vista metodológico lo constituye el haber examinado el *choteo* y el *pensamiento* como atributos de la identidad nacional; ubicando el primero dentro de lo más popular y el segundo en el plano de la elaboración teórica. Así, su obra constituye uno de los pilares literarios y científicos sobre los que se sustentó el análisis de la identidad y la nacionalidad cubanas en su momento.

¹⁸ Recordemos que con la Primera Ocupación norteamericana Estados Unidos inició una serie de medidas de saneamiento de los espacios públicos y reformas en la educación como la instauración del Kindergarten y los cursos de verano para maestros, éstos obviamente tenían la intención de garantizar la permanencia norteamericana en la isla.

Otra de las líneas teóricas de las que Mañach recibió influencias fue, sin lugar a duda, la Larga Duración; corriente historiográfica inaugurada a finales de los cincuentas, pero que tiene sus antecedentes en *El Mediterráneo en tiempos de Felipe II* de Fernand Braudel y *Sevilla y el Atlántico entre 1504 y 1650* de Pierre Chaunu. Con ellos se iniciaron una serie de textos que abordan necesariamente un largo período de tiempo en un análisis progresivo de los hechos históricos a manera de concatenación. La Larga Duración, también —quizá sobre todo— historia cultural o de las mentalidades, definida como el campo privilegiado de estos estudios en el tiempo largo, pero concebida como la de las ‘inercias’ [...] definida como la historia de las resistencias al cambio.¹⁹

Este grupo de historiadores reconocía así una esfera diferente dentro de la historia que tenía que ver con las actividades conscientes y voluntarias que podían tener como fin una decisión política, el comportamiento de los hombres y los hechos históricos como acontecimientos.

El primero de los ensayos del autor de *Tiempo Muerto* que aborda un fenómeno bajo esta perspectiva investigativa es *La crisis de la alta cultura en Cuba*, publicado inicialmente por Imp. y Papelería de La Universidad de La Habana, en 1925, aquí comienza por definir qué es la alta cultura y cuáles son los elementos que la componen. La *alta cultura* denominada indistintamente por él *cultura nacional* o *estado nacional de la alta cultura* no es, como puede suponerse, referido sólo a una cultura de élite. Más bien, denota una especie de “momento ideal” en el que se dan todos los factores que como más adelante explica, componen a esta *alta cultura*. La misma tiene tres elementos que la integran y que se constituyen en una especie de niveles, a saber:

1. Un agregado de aportes intelectuales numerosos.
2. La orientación común de esos esfuerzos hacia un mismo ideal.
3. Y la conciencia popular u opinión social que los reconoce y estimula.

¹⁹ Michel Vovelle: “La historia y la Larga Duración” en *La Historia y el oficio de historiador* (colectivo de autores franceses y cubanos), p. 25, Imagen Contemporánea, La Habana, 2002.

Para Mañach, la comunión o convergencia de estos aportes individuales en función de un ideal es la *alta cultura* que se verifica en la conciencia nacional. La alta cultura puede ser entonces y, en ocasiones, un síntoma externo de un grado determinado de conciencia nacional. Años más tarde, en 1944, define también la cultura en su ensayo *La Nación y la formación histórica*. Aquí explica entonces que "...Cultura significa, por un lado, diversificación de los modos de existencia posibles; por el lado subjetivo, supone aptitudes para el discernimiento, para la selección, para la crítica".²⁰

Aunque esta noción de cultura es más general o "suena" menos elitista, una vez más se va a verificar en una especie de niveles o estratos que van a ser, en este caso, dos: uno social, que supone la diferenciación de los modos de existencia; y otro individual, que supondrá entonces la existencia de una aptitud para lograr ese nivel de discernimiento, de selección, de crítica.

Este concepto de cultura denota, en alguna medida, un acercamiento algo idealista al fenómeno. No reconoce en ningún momento una diferenciación entre la cultura material y la cultura espiritual; de hecho, tampoco alcanza a ubicar la cultura artística en una especie de estrato o nivel que oscila entre las dos anteriores. El concepto de cultura, traído en cambio de investigaciones en la línea teórica del marxismo, abarca toda la producción humana (material y espiritual) y los procesos mentales que la rigen.²¹ La explicación marxista del arte y la cultura se ha encargado desde siempre de establecer las relaciones de éstas con sus condicionantes socioeconómicas (aclaramos que son condicionantes, no determinaciones). Sin embargo, existe una evidente asincronía entre la estructura y la superestructura.²² Al desconocer Mañach estos aspectos en su análisis y valorar la cultura sólo desde el aspecto individual y psicosocial, su tratado

²⁰ Jorge Mañach y Robato: *Ensayos* (selección y prólogo de Jorge Luis Arcos), p. 101, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999.

²¹ Aquí es importante señalar la obra de algunos autores; de Nicos Hadjinicolau, *Historia del arte y lucha de clases*; de Georg Lukács, *Estética*; y de Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Por supuesto, existen muchos otros, pero estos son los que han podido ser consultados.

²² Véase de Néstor García Canclini "La organización material del campo artístico", en *La producción simbólica, teoría y método en sociología del arte*, pp. 70-77, Siglo XXI Editores.

sobre el *estado nacional de alta cultura* queda minado desde el mismo momento de la conceptualización.

De cualquier manera, a pesar de que en ocasiones aborda la cultura como un ente social que es, al mismo tiempo, indicador y agente o elemento que actúa sobre la sociedad, en *La crisis...* se encarga de despojarla de cualquier halo místico para buscar su origen. Explica entonces que

“...la formación de la alta cultura en los pueblos jóvenes (entiéndase Cuba) suele estar condicionada por la aparición de un ideal de independencia y de peculiaridad —es decir, de independencia política como Estado, y de independencia social, como nación. Una vez realizados esos dos ideales, la cultura propende a su conservación y ahínco”.²³

Hasta el momento en que vive, Mañach —una vez más en la línea historicista— caracteriza cuatro fases del desenvolvimiento del esfuerzo por la cultura y la conciencia nacional. Una primera etapa *pasiva* “...que comprende toda la primera etapa inerte y fideísta de la colonia, hasta 1820”. La segunda etapa *especulativa* “... caracterizada por la incipencia de las inquietudes intelectuales y patrióticas”. Una tercera etapa *ejecutiva* “... que abarca todo el período libertario iniciado en el ‘68”. Y, finalmente, la etapa *adquisitiva* “...durante las dos décadas de vida republicana que nos traen a los días actuales.” Para Mañach, es importante destacar que la evolución gradual de una necesidad de afirmación nacional se dio en la misma medida en que evolucionaron los indicadores de la cultura: los aportes individuales, la orientación común y el reconocimiento social.

Otro de los temas que lo preocuparon a lo largo de su vida fue el referido a los análisis de la evolución del estilo literario en Cuba como un síntoma de la evolución del proceso histórico y la cultura nacionales. El interés por este aspecto puede rastrearse desde 1944 cuando escribiera *La nación y la formación histórica* y, más tarde, en su discurso de ingreso a la Academia Nacional de Artes y Letras que fuera *El estilo en Cuba y su sentido histórico*. Este último fue escrito entre 1943 y 1944, y en sentido general trata de abordar de qué manera el estilo literario cubano ha sido síntoma y expresión de la evolución de la conciencia nacional.

²³ Jorge Mañach y Robato: *Ensayos* (selección y prólogo de Jorge Luis Arcos), p. 10, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999.

Para esto va a establecer las periodizaciones históricas mediante las formas de auto-denominación del pueblo cubano.

Comienza por definir nuevamente a la cultura, pero esta vez como un *régimen contradictorio*. Aquí es importante para Mañach, a la luz de los años posteriores a la *Revista de Avance*, que este régimen contradictorio de la cultura se da en una especie de oposición binaria. Por un lado, el mantenimiento del saber y el establecimiento de normas; y, por otro, la ruptura y la transgresión que permitan renovar constantemente esos conocimientos atesorados. La oposición, finalmente, entre *disciplina* y *rebeldía*, es decir, las contradicciones propias de toda sociedad donde coexisten grupos etéreos diversos con iguales intereses intelectuales pero que optan por diferentes vías de hacer. A las academias pertenece, por supuesto, la función disciplinadora y a los jóvenes, la rebeldía.

Se plantea dos interrogantes fundamentales: si la aparición de los diferentes estilos fue sólo un espejo del temperamento y la escuela del autor o interviene en él un "clima histórico"; y por otro lado, si la sucesión de los estilos demuestra una continuidad interna o, en cambio, estas sucesiones no tienen conexión alguna entre sí. El estilo es entonces una *elección de forma*. Esta *elección de forma* se verifica en todos los momentos del acto creador y esto quiere decir que se puede dar de manera consciente o inconsciente, de forma individual o colectiva. Entonces recuerda y coincide con Hyppolite Taine cuando advierte que

"... el estilo no es una cosa ajena a la historia, producto sólo del gusto personalísimo del artista, sino expresión indirecta de todas las incitaciones profundas que concurren a la consciencia de cada momento histórico, como derivaciones del hecho social, y que, por tanto, todos los pueblos a virtud de su ámbito y experiencia propios tienen sus peculiares condiciones históricas de estilización".²⁴

Mañach no descubre la influencia del medio, ya Taine en su *Filosofía del Arte* lo había mencionado anteriormente aplicándolo al arte clásico griego. Su aporte consiste en no valorarlo de manera general y en intentar determinar de qué manera se verifica esta interrelación medio-artista-estilo. También aquí intenta definir el genio como categoría dentro de las relaciones del

²⁴ Jorge Mañach y Robato: *Ensayos* (selección y prólogo de Jorge Luis Arcos), p. 158, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999.

campo artístico, considera que el genio es la síntesis feliz de una propensión natural del individuo, de conjunto con las condiciones del medio.²⁵ Mañach es uno de los primeros investigadores que sitúa al genio en el centro de las condiciones históricas y sociales en que se desenvuelve, sin embargo, padece del determinismo positivista de Taine que no fue objetivo al definir en qué consistía el clima general de la época. Debemos señalar que valora las condiciones históricas y sociales, pero no ve en las relaciones de producción de un momento histórico concreto determinados aspectos que también van a condicionar la genialidad artística. Casi al culminar el ensayo, plantea que en alguna medida la “sobrevivencia” de estructuras propias del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial, mermaron la producción artística e intelectual en muchos órdenes. Sin embargo “... Hoy el arte, como la sociedad, se encamina hacia una conciliación de lo culto con lo popular, por virtud de la cual se restablezca, sin merma de la finura expresiva, el contacto pleno del artista con los demás hombres”.²⁶ Concluye entonces que el estilo no sólo depende de la individualidad, la raza, la época o el ambiente general, sino que también depende de la más inmediata circunstancia. Esta circunstancia no es más que el hecho histórico de la formación de un pueblo, la *conciencia colectiva misma*. Señala con esto que el análisis del estilo en Cuba no puede hacerse sólo bajo una perspectiva estética, está indisolublemente ligado a la experiencia del pueblo en su tránsito hacia el logro de sus objetivos. En fin, que refuerza la tesis planteada en *La nación y la formación histórica* de que en la evolución desde el

²⁵ Se impone mencionar que fue a partir de la segunda mitad del siglo XVII que se aplicó el término al talento inventivo o creador en sus manifestaciones más altas. En lo sucesivo se mantuvo una “idealización romántica” que se apoyó en definiciones de Kant, Schopenhauer, Fichte y Hegel quien finalmente en sus *Lecciones sobre estética* define al genio como “la capacidad general de producir auténticas obras de arte acompañada por la energía necesaria para su realización” (fotocopia de Hegel, *algunas de sus obras*). Luego, desde mediados del siglo XIX, con el auge de las investigaciones en el campo de la sociología que ya veían el genio desde el propio campo artístico como el formalista Honrad Fiedler. Es la filosofía marxista, la que aporta una visión no romántica al situar el genio dentro del espacio connotado y denotado por las condiciones histórico-concretas en las que aparece.

²⁶ Jorge Mañach y Robato: *Ensayos* (selección y prólogo de Jorge Luis Arcos), p. 226, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999.

agregado amorfo, hasta el *pueblo* y la *nación*, posteriormente se dan diversos grados de evolución hasta llegar a la *conciencia colectiva* que es el síntoma y expresión de un estado nacional.

Podemos decir que Mañach propone un concepto más bien estrecho de qué es la cultura, la señala como un ente que constituye indicio y apariencia de un determinado estado de las condiciones históricas y sociales de un pueblo. En la evolución de la cultura, para él, los hechos históricos actúan como catalizadores del proceso gradual de su evolución. En sentido general, su posición teórica se ve limitada al no mencionar los aspectos socioeconómicos como elementos de los cuales se puede servir el investigador para explicar determinados procesos que constituyen objeto de su investigación. Para él, el propio desarrollo de la cultura es síntoma de la evolución histórica del pueblo cubano en la conformación de su identidad nacional.

Finalmente, su obra es de vital importancia por el conocimiento del estado de la cultura cubana en el momento histórico en que vivió, su preocupación por el análisis del desarrollo natural y gradual del estilo literario. Primero, como expresión de esa evolución histórica y luego, como síntoma —en el campo de las artes y la cultura— del proceso revolucionario en cada una de sus etapas.

Más allá de cualquier intento de evaluar y desarticular la obra ensayística de Jorge Mañach bajo una perspectiva que no sea la teórica, más allá de cualquier discrepancia política o ideológica que tuviera este pensador con el proceso revolucionario cubano, se impone por sobre cualquier otra arista su sagacidad y perspicacia, su riguroso método investigativo y su profunda convicción de la necesidad del desarrollo cultural de la isla, lo que en una síntesis genial evaluada y demostrada a lo largo de sus ensayos tiene para su momento histórico el mérito de iniciar, de conjunto con otros ensayistas de este período, el camino de una estética literaria y una teoría de la cultura no latinoamericana, sino —y sobre todas las cosas— latinoamericanista.

Bibliografía

ARCOS, JORGE LUIS (1999): «Pensamiento y estilo en Jorge Mañach» en *Temas* no. 16-17, La Habana.

- BÁMBULA DÍAZ, JULIANE (1993): *Lo estético en la dinámica de las culturas*, Editorial Facultad de Humanidades, Colombia.
- COLECTIVO DE AUTORES (2003): *Historia de la Literatura cubana*, tomo II, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- COLOMBRES, ADOLFO (2004): *Teoría transcultural del arte. Hacia un pensamiento visual independiente*, Ediciones del Sol, Argentina.
- DÍAZ INFANTE, DUANEL (2003): *Mañach o la República*, Letras Cubanas, La Habana.
- GARCÍA PÉREZ, SEVERO (1927): «Nacionalismo y costumbrismo» en *Revista de Avance*, año I, n. 11, La Habana, septiembre.
- GONZÁLEZ REY, FERNANDO (1997): *Epistemología cualitativa y subjetividad*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana.
- GUTIÉRREZ DELGADO, LUIS (1961): «Jorge Mañach, hombre de letras» en revista *Américas*, vol. 13, n. 12, diciembre, México.
- MAÑACH Y ROBATO, JORGE (1999): *Ensayos* (selección y prólogo de Jorge Luis Arcos), Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- OCAMPO, ESTELA (1992): *Teorías del Arte*, Siglo XXI editores, Madrid.
- VALDESPINO, ANDRÉS (1960): «Jorge Mañach y su contribución a la cultura hispanoamericana» en revista *La Torre*, Año XVIII, no. 68, abril-junio, Puerto Rico.